

PASADO Y FUTURO

Su marido ya tenía seis años de muerto y dos de sus cuatro hijos también habían fallecido. Ella era jubilada de una dependencia oficial. Tenía su propia casa, modesta, pero con todo lo suficiente. El día de hoy, por primera vez, pensó que era su turno. Al levantarse tuvo dificultad para hacerlo, no desayunó casi nada pues la comida le dio asco. Sentada junto a la ventana desde la que veía la calle, cosa que hacía todos los días, tuvo ganas de morir. Así de sencillo. Igual que cuando tenía ganas de comer tunas o de comprarse una blusa amarilla o visitar a su nieto Alfonso en el taller donde trabajaba, así tuvo ganas de dejar de vivir. No unas ganas compulsivas, unas ganas sencillas que podían o no complacerse. Esto la llevó a pensar en la vida y en la muerte, no en general, sino en la suya propia. En general que lo hagan los filósofos, se dijo. De la niñez no quiso recordar nada pues siempre que piensa en ella sabe que todo es mentira. Mentira por supuesto sus recuerdos. Todo fue maravilloso en ella: su familia, su casa, sus hermanos, sus comidas, los perros, los paseos, la tranquilidad, la servidumbre, el abuelo, la tía Matilde, la seguridad, los dulces de leche, bueno, hasta la escuela era igual de hermosa. ¿Para qué acordarse de la varicela, de las paperas, del sarampión, de las inyecciones, de los regaños, de las prohibiciones, de las envidias fraternas, de la ausencia del padre, de los llantos maternos, de los engaños de la nana, de los reglazos de la maestra, de los fríos y calores extremos, de las burlas escolares, de...No, de la niñez no vale la pena recordar nada pues todo fue maravilloso. La palabra maravilloso es la que siempre usaba para referirse a esa época. La juventud fue otra cosa, fue la rebeldía total: rebeldía a la familia, a la escuela, a las costumbres, a la iglesia, a todo. Los castigos, que

ya existían desde que era niña, se intensificaron, la amenazas también: ya no te voy a comprar nada, no irás de vacaciones, te vas a ir al infierno, te vamos a dejar de querer, nadie en la familia apoyará tus locuras. Sonrió al recordar sus risas burlonas. Esa era una de sus características, burlarse de todos y de todo, en especial de la familia y de los hombres llámense padre, maestros, compañeros, hermanos, tíos, sacerdotes y demás. Le encantaba hacerlos enojar. Con su madre nunca peleó, no era posible, era la dulce y abnegada madrecita mexicana que todo lo resolvía llorando. Su cabeza debe estar llena de agua en lugar de cerebro, pensaba ella. Vino la edad adulta, el matrimonio, los hijos, las pérdidas, la conformidad con lo que tenía y hacía, la paz. Su vida se volvió metódica, aburrida. Ahora llegó la senectud traducida en una sola palabra: inutilidad. También pudo ser la palabra dificultad. Inutilidad para hacer hasta lo más sencillo, dificultad para cualquier cosa que se proponía. Inutilidad para caminar, dificultad para recordar nombres, inutilidad para subir escalones, dificultad para aprender computación, inutilidad para cortarse las uñas de los pies, dificultad para evacuar los intestinos. ¿Cuál es la principal diferencia entre ser joven y ser viejo?, se preguntó. Esto, contestó, ser útil o inútil, tener dificultad para todo. Después dijo que no, que muchos viejos siguen siendo útiles. ¿Entonces cuál puede ser?, volvió a preguntar. Durante mucho tiempo no tuvo contestación. En la noche, al irse a acostar encontró la respuesta: El pasado y el futuro. Sí, esta es la verdadera diferencia. Los jóvenes viven para el futuro y los viejos para el pasado. Los viejos piensan en un futuro inmediato, el de mañana o el siguiente mes. Los jóvenes piensan en los años venideros donde harán esto y lo otro, serán esto o lo otro. Ellos no piensan en el pasado, sólo en el pasado cercano: no pude ir a la fiesta de fulano, tengo que pasar la materia en que me reprobaron, dónde dejé mi libro de mate. Los viejos piensan en el pasado lejano, en los abuelos, en las épocas, la música de antaño, las costumbres, los novios que

se dejaron ir, la belleza y la fuerza que ahora están perdidas; recuerdan versos y canciones, títulos de libros que leyeron, nombre de actores y actrices, recetas de cocina, los precios de cosas, casas y de todo. Definitivamente esa época fue mucho mejor, dicen todos.

Decidió en ese instante ser nuevamente joven, en hacer planes para el futuro no inmediato sino el de largo plazo: aprenderé chino para hacer negocios con ellos, viajaré al Tibet, me conseguiré un hombre que me quiera y me proteja, gastaré mi dinero en gustos personales, es más, estudiaré otra carrera universitaria. También voy a abandonar el pasado, nada de acordarse de mis quince años, de mis vestidos, de la excursión al Tepozteco con mis compañeros de prepa. Ya no me voy a estar acordando de María mi compañera de banca ni de Petrita, mi nana, y menos de todos los pretendientes que no se atrevieron a pedir mi mano y menos aún de los jóvenes que me gustaban tanto y que no me hicieron caso.

Sonrió sabiendo que nada de eso es posible, pero fue bonito pensarlo. Ahora habrá que dormir para llegar viva al día siguiente y ya eso será una gran ganancia, mientras me duermo, pensó, recordaré a Valentín, aquel enamorado mío que se fue a vivir a Estados Unidos: Qué guapo era.

Tomás Urtusástegui

2010